

REVISTA DE TEATROS,

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 358

MADRID 27 DE DICIEMBRE DE 1842.

SEGUNDA SERIE.



LA VENGANZA DE LOS FINADOS.

VI.

LEONOR HALLA DESCANSO.

Don Cristóbal y Leonor habían alquilado una casa pequeña en la isla no lejos de la habitación del canónigo Sulzer, de quien se habían hecho amigos. Allí vivían completamente felices. Don Sebastian les enviaba cada tres meses una cuarta parte de las rentas de don Cristóbal, y esta cantidad que en una población grande á penas les hubiera alcanzado para su subsistencia, les producía en Reichenau un sobrante con el que satisfacía Leonor las necesidades de algunas familias indigentes; lo indispensable les costaba poco, y en sus recreos no gastaban nada, porque estos consistían en el paseo, en la música y en la lectura. Muy á menudo iban á sentarse el pie de una gran cruz colocada en el punto mas elevado de la isla y en medio de fértiles cepas. Desde allí gozaban de una perspectiva encantadora: dominaban todo el

lago, á cuyo extremo y hácia el mediodía se fijaban los ojos en las altas torres de Constanza inundadas de luz, y semejantes á una ciudad fantástica que se perdía en las nubes. Al otro lado se destacaban sobre un fondo claro las sombrías ruinas de algunos castillos feudales, encaramados como viejos nidos de buitres en aquellas enormes montañas, que se denominan en alemán el monte de las grullas y los montes gemelos. En frente se prolongaban por la ribera graciosas colinas y en último término mucho mas en lontananza se distinguían infinitos ventisqueros, cuyas escelsas cumbres coronadas de nieve se confundían con el cielo. Aquella cruz era el punto favorito de sus escursiones, ya al asomar la aurora, ya al descender el sol á su ocaso. Sentados en un banco de madera á la vista de aquella hermosa naturaleza, de aquel espectáculo tan ameno como apacible, se complacían en recordar sus aventuras, y acababan siempre por dar gracias á la providencia que les había inspirado buscar un refugio en aquella isla santa. A veces llevaban consigo una guitarra y se entretenían en entonar los cantos mas característicos de su país, como boleros, tiranas, siguidillas, en las que como es de suponer no olvidaban la de *Marinero del*

alma. Recreábase Leonor en imitar esas melodías árabes que entonan las gitanas en las aldeas, á las puertas de los mesones, y que se conocen en Andalucía con el nombre de cañas; y sus suspensiones las timeras mezcladas súbito con rápidas notas: este cántico impregnado de ardiente y apasionada tristeza, este cántico caprichoso, falto de medida, imposible de trasladarse á música, se prolonga indefinidamente, siempre variado en dos ó cuatro compases de un acompañamiento monótono é invariable; ó mas bien no es cántico, sino una serie de sollozos, de ayes, suspiros y aun carcajadas, de un no se qué que trastorna el alma, y de que es imposible dar idea á quien no lo ha oído.

(Continuará.)

SERAFINA.

FANTASÍA.

II.

Ay! ¡cuán cortos son los años!
— ¡Cuán largas las horas son!
— Horas son, siglos de goces!

—Siglos, horas de dolor!
 Y si la mente fluctúa
 Vagando sin compasión
 En lo que tarda la dicha,
 En lo que dura el temor,
 De los suplicios humanos
 Suplicio es el mas atroz:
 Suspenso es estar del cielo
 Sobre un abismo por Dios.
 El mas leve soplo de aire
 Trae y arranca al corazón,
 Una esperanza y un sueño,
 Cual nube que oculta el sol.
 Y así dura y se prolonga
 Terrible la agitación
 Como la ola que se hunde
 Para alzarse mas veloz.
 — Mas si llega la esperanza
 Que suspira el corazón,
 Se embriaga, se estasia!...
 Pero; ¡ay! que pronto el rigor
 Con que el tiempo se sucede
 Arrastrará otra hora en pos
 Cual diciendo «Llora en esta
 Poque aquella ya pasó
 Y mustio, angustiado el pecho,
 Rendido á la agitación,
 Ni llora, ni rie, imbecil,
 Quien tanto sufrió y gozó
 Oscilando cual aurora
 Entre la noche y el sol.

Entró la niña temblando,
 Agitado el corazón,
 Asustada de sí misma
 Que tan loca prometió.
 Miró á todo recelosa
 Y como no percibió
 Mas que palpar su seno.
 Algo depuso el temor.

Pasárase una hora eterna;
 Lentas despues otras dos;
 Y las doce de la noche
 Daba zumbante el reloj.
 No mas ruido que el del aire,
 Despues que la vibración
 Que la campana dejara
 Eco tras eco voló.
 Es cierto, que algun murmullo
 Se oía de humana voz,
 Mas, no lejos, que palabras
 Que dirige el corazón
 Marchan veloces á otro,
 Y de allí no pasan, no.

Trémula oyó Serafina
 Del horrible diapason
 Los crujidos, y aturdida
 Al lecho otra vez cayó,
 Que poseída la niña
 De penosa agitación
 Dañaba su hermosa frente
 Aquel medroso fragor.
 Turbó su mente agitada
 Espeso, negro crespon,
 Y ya de hórrida agonía,
 Sufriendo amargo estertor
 Así pavorosa el lecho
 Cual refugio á su aflicción:
 Y fatigada, y rendida,
 Hondo suspiro exhaló;
 Dando así de su alma pura
 Salida al fiero pavor

Y en su sueño	De un destello
La doncella	De tan bello
Vió tan bella	Sesplendor,
Una vision,	Cual de nube
Que á los angeles	Que se aleja
Divinos	Y refleja
Peregrinos	Claro sol.
Comparó	Rodeaba
Viola á espensas	Su cintura

Blanca y pura,
 Cual marfil,
 Ondeando
 Hasta el suelo
 Rico velo
 y sutil.
 Y la tinta
 Purpurina,
 Peregrina
 De su tez,
 Mas mostraba
 Sus hechizos
 Por los rizos
 Cien á cien,
 Que cesian
 Muellmente
 De la frente
 Virginal;
 Ocultando
 Ruboroso
 Seno hermoso
 De cristal.
 Serafina
 Vió radiante
 Su semblante
 Sonreír,
 Y ya el pecho
 Embriagado
 A su lado
 Quiso ir.
 Mas dudando
 Fuera encanto,
 Miró cuanto
 En rededor
 La cercaba;
 Y medrosa,
 Vaporosa,
 Descubrió
 Una sombra
 Vacilante
 De semblante
 Bello, sí;
 Pero ajaba
 Su harnosura
 La tortura
 Y el sufrir.
 Contemplaba
 Rota apenas
 De cadenas
 Su prision,
 Y temblando
 Vió agitarse
 Y acercarse
 La vision.
 Vióse henchida
 De pavora
 Insegura,
 Y fugaz.
 Corrió leve
 A la diosa
 Forma hermosa
 Divinal.
 Creyó ciega
 Que cercana
 La lejana
 Aparicion
 Era de ella,

Y afanosa,
 Presurosa,
 Mas voló.
 Siguió loca
 En su extravío
 Gran vacío
 Sin parar;
 Y era á fuer
 De su constancia
 La distancia
 Siempre igual.
 Tomar, triste,
 Corto aliento
 Un momento
 Quiso al fin,
 Y á la negra
 Sombra terca,
 De ella cerca,
 Vió venir.
 Fatigada,
 Jadeante,
 Un instante
 No dudó;
 Y de nuevo
 La carrera
 Mas ligera
 Emprendió.
 Mas que el viento
 Ligereza
 Y presteza,
 Mucha mas,
 Le cediera,
 Con porfia
 La agonía
 De su mal.
 Y la niña,
 En su desvelo,
 Ya su anhelo,
 Cerca vió:
 Pero débil,
 Casi ahogado
 Su entado
 Corazón.
 Cayó ¡triste!
 Su terneza;
 Tal braveza
 Resistió.
 A un torrente
 Horroroso,
 Espumoso,
 Juzgó ser,
 Y en su lucha,
 Ya rabiosa,
 Afanosa,
 Fué á caer.
 En el seno
 De la ufana
 Sombra vana...
 Mas... la vió
 En su vértigo
 Maldito:
 Lanzó un grito
 Y... despertó

III.
 Si sueño la vida es,
 Si en este mundo es mentira
 El padecer y gozar,
 Y como ilusion perdida
 Vagan los años cual nube,
 Sin viento que los dirija;
 Quien en la brava tormenta
 Muy diestro la nave rija,
 O el que venturoso puerto
 En lontananza divisa,
 Dilate, angustiado el pecho,
 Que aunque soñando delira
 Mas que penas, gozos valen,
 Aun entre formas fingidas;
 Pero quien triste, á una tabla
 Solo su esperanza cña,
 Entre las furiosas olas
 Sin horizonte á su vista,
 Bien puede, infeliz llorar;

Que aun mas placeres animan
 Que pesares en un mundo,
 Cuya existencia es mentira.

Volvió agitada en extremo
 De su sueño Serafina;
 Y cual si fuera verdad
 De su horrible pesadilla
 La ficcion, á todos lados
 Miró con cruda agonía.

—Que aun su mente estraviada
 Con pena y tardosa gira
 entre un mundo de ilusiones
 Y otro que tanto fascina,
 Que los fantasmas de aquel
 Tocando de cerca imita.
 — Ah! y tal era verdad:
 Que cándida, Serafina,
 Vió en soñadas ilusiones
 Realidades de la vida!
 —Dejóse ligera el lecho,
 Que su promesa no olvida;
 Mas tal la ofusca el dolor,
 Que sus pasos encamina
 A la reja, no al jardín,
 Sin de ello ser advertida.

Vió la solitaria calle
 Con penetradora vista,
 Sin que la sombra mas leve
 Vagar en ella distingua.
 Dejó un suspiro pausado
 Salir del pecho la niña,
 Aun sin entrever su engaño
 Por la fiebre enardecida;
 Y ya con dolor la reja
 Y pesar á dejar iba,
 Cuando en la marchita rosa
 Sus ojos vagos se fijan.
 —Si antes rodaba su mente
 Ignorando, cual perdida,
 En si era cierto su sueño
 O era su vida mentira,
 Ya infelice no dudaba,
 Que claro todo lo via:
 Y presurosa, de nuevo
 Por sensaciones mas vivas
 Agitada, su dolor
 Corrió á ocultar Ser.fina
 Cual procurando borrar
 La fiera imágen maldita
 Que impresa quedó en su seno
 Con huella tan dolerida

Era la sombra el pudor;
 La imágen bella y divina
 Era su loca pasión:
 Y aquella rosa marchita
 Era un infernal misterio,
 Que penetrar no queria.
 ANTONIO MARIN Y GUTIERREZ.

Teatro de la Cruz.

A fin de que todas las personas puedan disfrutar de las funciones de Pascuas, que tanto han agradado, se cambia hoy su colocación, ejecutándose la de la tarde por la noche y vice-versa.

Príncipe.

A las cuatro y media de la tarde: la comedia en un acto y en verso, titulada: PASCUAL Y CARRANZA. Paso bailable de carácter chinesco. La pieza en un acto y en verso, titulada: LA FERIA DE MAIRENA. Jota de cuáqueros. Terminará el espectáculo con el sainete *Los curratacos castigados ó el abate Pirracas*.

A las ocho de la noche: la comedia en tres actos, titulada: LAS DOS CORONAS. *Boleras* La tonadilla titulada *Doña Toribia y don Celedonio*. Terminará con el aplaudido sainete, titulado: *El Duende fingido*.

Cireo.

A las siete y media de la noche: LUCRECIA BORGIA, ópera seria en tres actos.

IMPRENTA DE BOIX.